Año LXXVIII. Número 26.962 — MADRID.—Sábado 5 de Junio de 1926 — Número suelto 10 céntimos

PUNTOS DE SUSCRIPCION
ADMINISTRACION: San Bernardo, número 78
y en las principales librerías de Madrid y provincias.

París.—Messieurs Boyveau et Chevillet, rue de Banque, 22.
Londres.—M. E. E. L. Bosch, 11, Queen Victoria Street.
Anuncios españoles, a 40 céntimos línea.
Idem extranjeros y reclamos, a precios convencionales.
Cada anuncio satisfará 70 céntimos de impuesto.
Dirección telegráfica: EPOCA.—Madrid.
Redacción: T.ª 1111 J. Administración: T.ª 1500 J.
APARTADO NUM. 161.

LA ÉPOCA

ÚLTIMOS TELEGRAMAS Y NOTICIAS DE LA TARDE

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID.—Un mes, 2,50 pesetas; trimestre, 7; semestre, 14; año, 27.
PROVINCIAS.—Trimestre, 8 pesetas; semestre, 15; año, 30.
Portugal, Gibraltar y Marruecos, el mismo precio.
EXTRANJERO.—Trimestre, 15 pesetas; semestre, 30; año, 60 pesetas.
Número del día, 10 céntimos.—Atrasado, 15.
La Correspondencia de Administración dirijase al administrador de LA EPOCA.
Redacción, Administración y Talleres, San Bernardo, 78.
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES.

La nacionalización de industrias

El ministerio de Hacienda viene distinguiéndose en la actual etapa de gobierno por su actividad legislativa, siendo de suponer que igual celo despliegue en las tareas puramente administrativas y recaudadoras.

Apenas pasa día sin que en la «Gaceta» aparezca algún decreto suyo de trascendencia para la economía nacional, lo que con frecuencia nos obliga al comentario y a la observación ponderada, como antesala de la crítica propiamente dicha, que será ejercida en momento oportuno.

Una de las últimas disposiciones que por su orientación merecen decidido aplauso es la de fomentar la transformación en españolas de muchas empresas aquí constituídas por capitales extranjeros.

Los tratados de comercio y relaciones amistosas de carácter internacional impiden a todos los países adoptar, como muchos querrían, un régimen de favor en pro de las industrias nacionales. De la protección aduanera y muy limitada no es fácil pasar. Por eso nuestro ministerio de Hacienda, al tratar de favorecer la transformación antes apuntada, no ha podido trasponer límites muy modestos; la rebaja de impuestos.

El Tesoro español no ayuda verdaderamente y de modo activo al capital indígena que quiera nacionalizar una empresa extranjera. Tan sólo rebaja a una mitad la barrera infranqueable que él mismo tiene puesta de antiguo por sus contribuciones, y que hace pocos días había elevado de nuevo con los recargos en derechos de transmisión y timbre del Estado.

El capital extranjero, que durante todo el siglo XIX vino a España a trabajar, encontró las puertas abiertas a todas las concesiones, porque no lo había dentro de casa, ni el que existía conocía la vida de los grandes negocios. Realizó una obra por la que le debemos agradecimiento, y si se le ha desalojado de parte de sus antiguas posiciones, después de realizado un penoso aprendizaje y merced a las ganancias durante la última guerra, se debe exclusivamente al patriotismo, a la inteligencia y a la ambición legítima de unos cuantos hombres de negocios que no necesitamos citar, porque sus nombres están en los labios de todos.

El Estado no hizo nada en obsequio a esa obra de nacionalización. Al contrario, con un estrecho criterio de leguleyo aplicaba impuestos y más impuestos.

Medio por ciento sobre los capitales aportados a las nuevas sociedades. Dos pesetas por cada mil de capital como timbre para la escritura de constitución. Otras tres pesetas por cada 500 como timbre de las acciones. Y además un cuatro o dos por ciento de los bienes que la antigua sociedad extranjera vendía a la nueva española.

Asombra verdaderamente que con semejante régimen se hayan podido transformar empresas como el Banco Hipotecario, el Español de Crédito, Ferrocarriles del Norte y M. Z. A., Gas de Madrid, Tranvías de Madrid y de Barcelona, por no citar más.

Esta enumeración evidencia que la protección oficial de ahora llega un poco tarde. También extraña se circunscriba sólo a las empresas concesionarias de servicios públicos, ya que entre las que no lo son figuran muchas, principalmente mineras, cuya nacionalización sería muy deseable.

¿Será eficaz a pesar de estos lunares? ¿Se nacionalizarán a su amparo muchas concesiones administrativas? Mucho tememos que la realidad conteste negativamente dentro de unos pocos años. Rebajar en un 50 por 100 contribuciones que acaban de recargarse en un 20 por 100 es cosa de escasa monta para esperar de ella efectos grandes. Máxime si como compensación de esa pequeña ventaja se ponen gravísimas trabas a la composición y régimen interno de las mismas sociedades a quienes se dice proteger: forma nominativa de las acciones y nombramiento de los consejeros para que no traspasen cierto porcentaje de extranjeros.

Dicho sea con todos los respetos, pero con toda sinceridad, creemos que por ese camino no se estimula la nacionalización, sino que se corre el riesgo de retraer a los nacionalizadores. Lo esencial por conseguir es que las sociedades y compañías sean españolas y sometidas en todo a nuestra legislación común y corriente, huyendo de las especialidades.

Que sean nacionales los consejeros y los accionistas ya vendrá después, poco a poco. Imponerlo de golpe, al primer escalón cortará en flor las complicadísimas gestiones, avenencias y finuras de orden financiero que son indispensables para que un capitalista extranjero ceda un buen negocio. De los malos no hay por qué pensar.

También en negocios netamente nacionales podría darse el caso de que la mayoría de las acciones las comprasen extranjeros y el Banco de España, y sin embargo no se legisla para tal eventualidad.

¿Por qué pretende el Fisco cobrar la mitad de los derechos en la constitución de sociedades y transmisión de bienes que nadie más que él tiene interés en promover?

En el fondo lo que hay no son verdaderas transmisiones, sino mera sustitución de personas por altas razones de interés público.

La nacionalización no se producirá, y el Fisco se quedará sin cobrar nada y sin deducir otros muchos beneficios.

El problema no es sólo de impuestos, y muchos menos de los impuestos de origen o constitución. Para empujar al capital en determinada dirección lo primero que hace falta es inspirarle y darle confianza de que no se le dejará expuesto a las veleidades y tormentos de los recargos provinciales y municipales, y de que las cláusulas de la concesión se interpretarán siempre con criterio amistoso.

Dos publicaciones del marqués de Laurencín

El director de la Real Academia de la Historia, marqués de Laurencín, a quien tanto deben la historiografía y la bibliografía españolas, acaba de enriquecer ambas disciplinas del entendimiento con dos publicaciones de diversa índole, que acreditan lo vario de su cultura y la escrupulosidad con que desempeña su cargo al frente de la sabia corporación que le ha escogido para dirigirla.

De estos dos trabajos el uno es un folleto, tirada aparte de un notable artículo del «Boletín» de la Academia, y el otro es un libro en cuarto de cerca de 400 páginas sobre don Agustín de Montiano y Luyando.

Lleva por título el primero de los mencionados trabajos «Dos relaciones históricas del siglo XVI».

Pocos conocen como el marqués de Laurencín los grabados que conciernen a la historia de España, y los libros, folletos o simples hojas impresas con la relación detallada de acontecimientos más o menos importantes: batallas, matrimonios de príncipes, fiestas, cacerías, torneos, funerales... El autor nos da a conocer en el artículo y folleto aludidos dos hojas sueltas del siglo XVI redactadas a poco de haber ocurrido los sucesos que en ellas se relatan. Uno de estos documentos es la relación de la batalla de Pavía y la prisión del rey Francisco I. El otro narra los funerales de la Emperatriz Isabel, mujer de Carlos V.

El marqués de Laurencín se limita a reproducir ambas relaciones sin comentario alguno de su parte; pero da una guía bibliográfica a todo el que quiera estudiar estos dos acontecimientos. Los textos que el director de la Academia de la Historia reproduce se hallan en el archivo del duque de Osuna, hoy incorporado al Archivo Histórico Nacional.

Don Agustín de Montiano y Luyando, nacido en Valladolid en 1697 y muerto en Madrid el 1 de noviembre de 1764, fué uno de los literatos y sabios españoles de mayor fama del siglo XVIII. Asumió los cargos de secretario de la Cámara de Gracia y Justicia de la Corona de Castilla; fundador y primer director de la Academia de la Historia, académico de la Española, árcade de Roma con el nombre de «Leghinto Dulichio» y muchos más honores a que le hicieron merecedor sus dotes de poeta y erudito en varios saberes. Escribió tragedias ajustadas al patrón neoclásico francés que por su tiempo imperaba entre nosotros. Cambió luego de modo de pensar y difundió los modelos dramáticos ingleses de Drydun y Addison; tradujo en verso la «Andrómaca» de Racine y fué, ante todo, trabajador infatigable. Con el nombre del «Humilde» formó en la Academia del Buen Gusto, que presidía en su salón de la calle del Turco de Madrid—ni más ni menos que la Geoffrin o la Du Deffand en París—la bella doña Josefa de Zúñiga y Castro, condesa viuda de Lemos, marquesa de Sarriá.

Menéndez y Pelayo trata con poco cariño a Montiano en la «Historia de las ideas estéticas», pero reconoce su erudición y mérito en varias disciplinas. La Academia de la Historia, que le cuenta por uno de sus fundadores, obtuvo del rey la modificación excepcional de sus estatutos para tener a Montiano de director perpetuo. Su celo en el primer puesto de la entonces naciente sociedad justifica la veneración que los académicos sus compañeros le guardaban. No es escasa tampoco la bibliografía acerca de don Agustín de Montiano y Luyando. Tratan de él con elogio don Lorenzo Diéguez, don Cándido María Trigueros, el marqués de Valmar, el conde Schack, don Emilio Ferrari, don Narciso Alonso Cortés, don Casimiro García González, don Juan Ortega y Rubio. En vida recibió alabanzas de Lessing.

El nuevo libro del marqués de Laurencín, impreso en Madrid en 1926, en la tipografía de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», dice en la portada: «Don Agustín de Montiano y Luyando, primer director de la Real Academia de la Historia. Noticias y documentos seleccionados por el marqués de Laurencín, actual director de la expresada corporación. Publícase por acuerdo de la misma.»

Don Francisco Fernández de Béthencourt tuvo la idea, que no llegó a realizar, de hacer una galería biográfica de los directores de la Academia de la Historia para que ilustrase y acompañase la serie de retratos que la corporación posee. «Para coadyuvar a su empresa—dice el marqués de Laurencín en la advertencia preliminar de este libro—fuí reuniendo papeles acerca de Montiano, cuya oriundez o cepa vascongada atraía mi simpatía, como vascongado que soy; y el resultado de pesquisas propias, donativos y comunicaciones que amablemente me fueron hechas me ha proporcionado éstos que tocan a la personalidad de don Agustín de Montiano y Luyando; conocidos muchos, algunos inéditos, que serán siempre guía informativa bibliográfica suya, y rendimiento de nuestra agradecida voluntad al que puso los cimientos y levantó luego el edificio de nuestro instituto docente y cultural. La incansable actividad y grande amor al trabajo, unido a las múltiples y variadas facetas de su talento, atraído tan pronto hacia los asuntos políticos o diplomáticos, bien a los literarios como cultivador y preceptista de la poética, ya preocupado con tareas de índole histórica, no permiten sea empresa fácil ni sencilla reunir un conjunto ordenado y metódico, ni mucho menos un cuerpo o catálogo completo de cuantos escritos brotaron de su privilegiado cerebro y trasladó al papel su docta pluma.»

No obstante las dificultades que el mismo señala y lo arduo del trabajo, el marqués de Laurencín ha conseguido dar a la estampa una biografía documentada de Montiano en sus funciones de director de la Academia que arroja mucha luz sobre la historia del pensamiento español en el siglo XVIII. La austeridad propia de los documentos y de quienes trabajan de primera mano teniéndolos presentes no daña en este libro a lo ameno del relato ni a la galanura del fondo y de la forma en que es maestro el autor. Todo está aquí claro, bien ordenado, preciso, completo.

En los apéndices, que ocupan más de la mitad del volumen, se insertan muchos escritos en prosa y en verso de Montiano, el elogio de Diéguez, el «Idilio» de Trigueros y documentos sobre la persona y los cargos oficiales del primer director de la Academia de la Historia. Lo mismo esta corporación que el marqués de Laurencín merecen los más entusiastas elogios por la obra que acaba de salir impresa con una reproducción en fototipia del retrato al óleo de Montiano que guarda la Academia.

LUIS ARAUJO-COSTA.

SOBRE UN CENTENARIO

El romanticismo político

El popular colega «Heraldo de Madrid» ha advertido que hace un siglo, poco más o menos, pasó sobre el mundo la ola ardiente, irisada y tumultuosa del romanticismo. Celébrese o no este centenario, ya está siendo objeto de una feliz conmemoración suceso tan complejo, puesto que convertido está ya en tema de público debate. Realmente, el romanticismo merece un recuerdo con mucho más motivo que la mayor parte de los sujetos unipersonales que suelen recibir ese culto civil de lápida y velada a que tan dada es la sociedad moderna. Pero el romanticismo no es una fecha únicamente, siquiera por motivos harto notorios y ciertos aparezca típicamente localizado en el tiempo, sino nada menos que una manifestación fundamental del carácter humano, en orden al cual se puede hablar, y se habla, de lo clásico y lo romántico, como de Nietzsche acá se viene asimismo hablando de lo apolíneo y lo dionisíaco: expresiones que se corresponden con aquéllas para representar los hemisferios del mundo moral.

Hubo románticos, en efecto, antes de que madame Staël lanzase, para dar la vuelta al mundo, como nueva escarapela tricolor, el vocablo «romanticismo». A este respecto, nuestra España, con sus romances y su Lope, es un ejemplo que convence. Por eso España, con sus violentos contrastes y juegos de luz y sombra, dió a los escritores románticos uno de los fondos más socorridos y ajustados. Y como el romanticismo era algo más que una simple escuela literaria, lejos de concentrar sus esencias en el pomo tasado de novelas y poesías, las extendió a las formas más diversas de la vida social, impregnándolas de un aroma y de un color que asimismo eran románticos. Como una literatura y una plástica románticas, hubo también una política romántica, e incluso una filosofía y hasta un matiz especial del sentimiento religioso. El hecho de que la política romántica reconozca su tronco en Juan Jacobo Rousseau, demuestra la autenticidad de esta filiación. Cuando Rousseau nos hace presente en la primer página de «El contrato social» que el hombre, no obstante nacer libre, vive doquiera entre cadenas, traza el esquema ideal de cuantos héroes románticos van a cantar inmediatamente, en la vida o en los libros, el aria apasionada y orgullosa de la libertad. Entre los primeros textos del romanticismo figura uno de inequívoco carácter político: la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, uno de los cuales es la resistencia a la opresión.

Al romanticismo político, genuinamente liberal e individualista, le da su pensamiento la Revolución francesa, así como la galopada napoleónica por Europa sacude el alma de los pueblos en crisis, por natural contragolpe, con el anhelo nacionalista, otro de los rasgos que mejor definen la fisonomía del momento. La Alemania que resurge después de Jena, nace bajo el signo del romanticismo. La gesta romántica por excelencia es la guerra de Grecia. Como parecida significación nos ofrece el «Risorgimento» italiano. Y genuinamente románticas son nuestras guerras civiles y nuestras luchas políticas, de las que son ilustraciones muy significativas figuras tan empapadas por el ambiente como Mariano Pineda, Diego de León o Montes de Oca.

Que el romanticismo político se identifique con el liberalismo en su dirección específica no quiere decir que en el campo contrario no se operasen fenómenos gemelos, pues dicho está que lo romántico es, ante todo y sobre todo, una proyección psicológica. Por las guerras de la Vendeé corre, impetuoso, el soplo de la épica romántica, bien acusado en episodios como el que significó la loca tentativa de la duquesa de Berry. Y un romántico tan cierto como Fernando Lassalle encontramos incluso en la vanguardia socialista. El romanticismo fué una fuerza de la naturaleza que arrebató las almas, despejándolas de la realidad terrera e inmediata. Prestó servicios excelentes a la restauración ideal del mundo; abonó ilusiones, encendió voluntades. Pero hubiese desarticulado la obra premiosa y fecunda de la Historia, que es continuidad y concordancia, de no cumplirse una vez más la ley biológica y social de la acción y la reacción.

La sociedad ha dejado de ser romántica. Fué dejando de serlo según los Estados se iban acomodando, cerrado el período constituyente, a las nuevas normas políticas. Por otra parte, la vida pública se ha complicado; los problemas de la gobernación han mudado de emplazamiento, y la política se hace de día en día más técnica. El romanticismo, claro está, fué muy retórico. La necesidad de mover pasiones contribuyó a desarrollar el tipo del tribuno, por ejemplo. La política moderna, por el contrario, parece necesitar mucho menos del orador que del economista, «verbi gratia». Se va ganando en eficacia lo que se ha perdido ya en vuelo ideal. He aquí el fenómeno observado por el abate Brémond en uno de sus últimos libros, en consideración al cual pedía que un aura romántica ventilase el confinado juego de intereses a que el mundo moderno ha ajustado la dilucidación de sus problemas. Nos ahogamos en cálculos, verdaderamente... Y nótese que el abate Brémond es francés, y que es Francia sede de la más decantada clasicidad. Pero la reacción contra el romanticismo —contra la «aberración romántica», que diría Leon Daudet—es ya excesiva. Bien están—¿como no?—el cálculo, la medida, la clara y severa percepción de la realidad, el rigor del discurso y el freno de las pasiones. Pero también tiene su papel que representar en la vida y en la historia la ilusión, el anhelo superatorio, el ímpetu en el obrar, la fuga sentimental, la inquietud... Todo esto, viejo como el mundo, no tuvo nombre hasta que nació el romanticismo. Recordemos ahora su tiempo de hegemonía en los corazones quienes creemos que el hombre, para marchar, necesita del juego alternado de todos los resortes.

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

La riqueza pesquera

Uno de los fenómenos que caracterizan la época actual de post-guerra es la atención creciente prestada por los Gobiernos de países marítimos a las cuestiones pesqueras, buscando incansablemente un aumento de la riqueza que el hombre extrae de los mares.

La vida más fácil de los años anteriores a la gran guerra permitió un alejamiento de los problemas vitales que con las fuentes de alimentación se relacionan. Los productos agrícolas, los animales de vida terrestre, constituían en casi todos los países la base esencial de la comida del hombre, aun en aquellos privilegiados por la extensión de sus costas y la abundancia de la pesca en ellas.

Pero pasaron aquellos días felices, y la vida, haciéndose cada vez más áspera, ha obligado a fijarse en las riquezas antes poco explotadas, y los Gobiernos empiezan a dirigir sus miradas hacia el Océano dilatado, en cuyo seno existen incalculables riquezas, y los hombres de ciencia estudian con ahinco los problemas que se relacionan con la distribución de los seres en el mar y su máximo aprovechamiento, evitando su destrucción o disminución.

Felizmente, el mar aparece como fuente inagotable; es en él tan activa la vida que no podemos hallar término de comparación sobre la tierra para hacérnosla comprender con claridad. Una gota de agua contiene siempre un elevado número de pequeños organismos; así no hemos de extrañarnos al leer algunos cálculos hechos en expediciones científicas, como durante la del «Valdivia», en la cual, en la bahía de Fish-Bay, cerca del cabo de Buena Esperanza, la filtración de un metro cúbico de agua de mar dió próximamente un litro de materia viva, conteniendo unos 8.000 millones de diatomáceas, 1.300 huevos de peces y cantidades semejantes de larvas y de diversos organismos. Según estas cifras, la citada bahía, que tiene una extensión de próximamente 200 kilómetros cuadrados, debía contener 166.600 millones de huevos y 117.000 millones de larvas de peces, además de cantidades casi imposibles de representar de diatomáceas y otros seres. Se comprende así que uno de los mayores animales existentes, la ballena, pueda alimentarse de diminutos organismos con solo nadar llevando abiertas sus fauces.

Estos pequeños seres no son aprovechados por el hombre, aunque el gran oceanógrafo Príncipe Alberto de Mónaco pensara que pudieran constituir un alimento para los náufragos; pero constituyen la comida de otros seres que, hallando tan abundante maná, pueden desarrollarse en cantidades fabulosas.

No debe extrañarnos, por tanto, la existencia de enormes bancos de peces emigrantes, precisamente de aquellos que mayor riqueza producen al hombre. Así el arenque forma bancos que pueden tener seis kilómetros de anchura por 30 de longitud; el bacalao constituye masas tan grandes, que en Noruega cogen más de 75 millones de ejemplares al año, sin que se observe el menor agotamiento.

La sardina, una de las principales bases de nuestra riqueza pesquera, forma análogamente aglomeraciones tan importantes que cita el Príncipe de Mónaco haber hallado bancos que su barco, a marcha ordinaria, empleó más de cinco horas en atravesar. ¡Y cada sardina contenía en su estómago unos 20 millones de peridíneas, seres de que se alimenta!

La imaginación más viva no puede llegar a darse cuenta de lo que es la vida marina. Nada representa lo que el hombre extrae de los mares en comparación con la riqueza que atesoran y que podemos considerar actualmente como la fuente más rica de la alimentación humana. A la vitalidad de los mares se une además su considerable extensión, unas dos veces y media superior a la de las tierras, y el que los seres no se limitan a habitar sobre los fondos, sino que se extienden desde ellos hasta las aguas superficiales.

El hombre de ciencia debe buscar los medios de evitar la destrucción de ciertas especies sedentarias, que habitan sobre los fondos costeros, y que sea permitido a los huevos y larvas un normal desarrollo que facilite su fácil reproducción. Pero las especies emigrantes, las que no viven sobre los fondos cercanos a tierra y acuden a ellos sólo en ciertas épocas, forman masas tan enormes que el hombre no podrá nunca llegar a destruirlas, ni tal vez a disminuirlas siquiera, constituyendo sólo un enemigo más para ellas, con el que luchan con ventaja por su fecundidad muchas veces asombrosa. La vida marina es felizmente tan intensa que para conseguir de ella el beneficio deseable sólo es necesaria una buena organización y el desentrañar las lagunas que a los hombres de ciencia ofrece aún la biología de las especies de mayor interés.

La intensifcación de la pesca es un problema esencialmente científico; hay que buscar la riqueza donde se halle, y el especialista debe tender a poder decir a los pescadores donde podrán encontrar las especies que capturan; hay que perfeccionar los medios de trabajo, haciéndolos más intensivos, y al propio tiempo menos perjudiciales para la cría normal de ciertas especies; hay que buscar los procedimientos que den mejores rendimientos para la conservación y transporte del pescado fresco; hay que mejorar la industria conservera y aprovechar todos los residuos que ahora, siendo inútiles para la alimentación, se desprecian casi siempre como si careciesen de valor.

El espacio limitado de un artículo no permite extenderse sobre los diferentes problemas que deben ser resueltos para que aumenten los beneficios que de la pesca se obtienen; por ello no haremos sino esbozar ciertas cuestiones, que pudieran ser desarrolladas sucesivamente.

En la pesca en sí misma debe ser la ciencia la llamada a resolver las dificultades existentes, la que debe proveer a los pescadores de cartas de pesca especiales en las que señale la naturaleza de los fondos y la distribución de la vida sobre ellos: la que debe investigar los medios de que el desarrollo de las especies se verifique normalmente, sin impedir que la pesca adquiera la intensidad debida. Es también necesario mejorar las embarcaciones y las artes de pesca, aumentando la duración de los últimos por tintes diferentes de los actuales. La ciencia debe estudiar el aprovechamiento de ciertas especies de poco valor alimenticio, que actualmente tiran con frecuencia nuestros pescadores, y que por sus grasas, pieles, o simplemente como abono, pueden alcanzar un valor remunerador en el mercado.

Otro de los problemas esenciales, de orden científico, es el llegar a disponer de una estadística de pesca que merezca suficientes garantías de exactitud y de método, para basar sobre ella muchos de los problemas pendientes. Igualmente ocupa preferente lugar todo lo relacionado con la conservación a bordo del pescado capturado, y, en general, con su conservación en fresco hasta la llegada al lugar de venta.

Limitándonos a señalar problemas no debemos dejar de citar lo referente a construcción de puertos de refugio y de pesca, y la cuestión esencial de que llegue el pescado al consumidor en las mejores condiciones económicas posibles, suprimiendo intermediarios inútiles, problema que ha sido resuelto en Francia con la creación del paquete postal pesquero, que, transportado en las debidas condiciones, pone en relación directa al productor con el consumidor.

Señaladas en líneas generales algunas de las cuestiones más importantes, nos ocuparemos en sucesivos artículos, con el detalle posible, de algunos de los problemas esbozados.

RAFAEL DE BUEN

Las oficinas de Redacción y Administración de LA EPOCA están establecidas en la calle de San Bernardo, núm. 78.—Telfs. 1.111 (Jordán) y 1.500 (Jordán).—Apartado de Correos, 161.

Lloyd George y los liberales ingleses

La huelga inglesa ha tenido entre otras consecuencias la de motivar en el seno del partido liberal una nueva causa de perturbación. Como se sabe, la crisis por que atraviesa el liberalismo inglés no es de ahora. Es indudable que, contrastando con la permanencia de los intereses sociales y políticos a que responde el partido conservador hoy como ayer, la base sobre que se apoyaba el liberal se ha ido desplazando hasta quedar en gran parte sustituída por el laborismo. Por obra de éste, el clásico turno de los partidos ingleses se ha alterado en beneficio suyo, puesto que los laboristas asumen hoy en la Cámara el papel de la «oposición de Su Majestad», y en perjuicio de los liberales que, por quedar sin bandera, quedan poco a poco sin masa. Durante mucho tiempo, en todo lo que va de siglo, el partido liberal pudo vivir de la cuestión de Irlanda y de las reformas económicas que, vinculadas al nombre precisamente de Lloyd George, con ocasión del presupuesto de 1909-10, marcaron al partido su último momento de vitalidad. Pero entonces realmente comenzó la crisis que todavía no se ha substanciado. Al correr el liberalismo inglés peligro de socializarse, los elementos de derecha se sintieron mejor en el partido conservador, y hacia él evolucionaron, mientras que los de izquierda veían mejor interpretadas en el partido laborista aspiraciones políticas, sociales y económicas de cierta índole. De aquí que ante el fenómeno reciente de la huelga inglesa, el partido liberal haya manifestado una vez más su falla de unidad interior, según la discrepancia entre Lloyd George y lord Oxford, jefe del partido.

La diferencia se ha exteriorizado con la no asistencia de Lloyd George a la reunión celebrada por el Comité del partido en que se acordó apoyar al Gobierno en la huelga general. La ausencia tenía, pues, un valor bien significativo, que sirvió de apoyo a una carta de lord Oxford, en 1 de junio, dirigida a sir Collins, en la que consideraba al famoso expresidente como voluntariamente separado de la comunidad liberal. Con lord Oxford están, según parece, la plana mayor de los liberales, mientras que la mayor parte de los 39 diputados que constituyen la minoría, asegúrase que permanecen junto a su «leader» Lloyd George.

Las últimas noticias recibidas de Londres se refieren a la reunión celebrada por los diputados, y aunque no se conocen aún los acuerdos adoptados, el anuncio de una inmediata entrevista con lord Oxford parece indicar que el cable de concordia está tendido. Además, Lloyd George acaba de desmentir su ingreso en el laborismo. Todo lo cual quiere decir que por ahora se conjurará la crisis liberal, pero no que ésta deje de manifestarse de nuevo tan pronto como surja otra dificultad que ponga a prueba la cohesión y disciplina del partido.

FRANCIA Y ESPAÑA EN EL RIF

Llega a Melilla la primera expedición de prisioneros

Información oficial

Parte de anoche

Anoche fué facilitado a la Prensa el siguiente parte:

«Sector Axdir.—Hoy se han retirado del depósito de municiones descubierto en el zoco Telata 1.600 proyectiles de siete con cinco cargados y con espoletas.

Mañana proseguirá la evacuación de este depósito de municiones, utilizándose una pista inmediata, construída por el enemigo en dirección a Targuist, en bastante buen estado, y que será empleada también para el abastecimiento de la columna.

A vanguardia de la columna del centro y al sudoeste de sus avanzadas se ha encontrado y reconocido un avión tipo A. M. R., con motor Renault, que los indígenas tenían escondido debajo de unas higueras. Tanto el aparato como el motor son del tipo anticuado, sin valor militar y completamente inútil.

Sin más novedad en la zona del Protectorado.»

No está aún fijada la fecha del viaje del conde de Jordana a París

No está definitivamente fijada la fecha en que saldrá el director general de Marruecos y Colonias para la capital de Francia.

Motiva el aplazamiento del viaje la necesidad de reunir datos y elementos de juicio para la mayor rapidez y la máxima eficacia del cambio de impresiones que con el Gobierno francés ha de celebrar la representación de España.

Las crueldades de Abd El-Krim con los prisioneros

Llegada a Melilla de la primera expedición de cautivos

MELILLA 4.—A las seis de la tarde llegaron a esta plaza, procedentes de Tazza, varios camiones en los que venían sesenta excautivos, entre ellos varias mujeres y algunos niños y los demás soldados.

Antes de salir de Tazza las autoridades francesas los obsequiaron, y al partir los excautivos de aquella población formaron compañía de senegaleses y un escuadrón de «spahis», quienes tributaron honores.

Entre las posiciones de Hassi Huenza y Hassi Medlen también fueron obsequiados, y al llegar a Monte Arruit y Zeluán, comisiones de vecinos, llevando banderas españolas, salieron a recibir a los excautivos.

Esperando la llegada de los excautivos se hallaba frente a la estación de Vizcaya un gentío enorme; también estaban allí los generales García Aldave y Andrade, comisiones civiles y militares y la anciana Josefa Méndez, la cual esperaba la llegada de una hija suya y una nieta, y al enterarse de que habían fallecido en el cautiverio se desarrolló una dramática escena.

Después de las operaciones de desinfección, los excautivos fueron trasladados al cuartel del regimiento de Africa y al hospital Gómez Jordana.

El domingo llegará el resto de los exprisioneros.

© Biblioteca Nacional de España